

## Hortensia

Fedul Marco

El acceso principal tenía una soga enganchada a la tranca interior y, en el otro extremo, asomaba al exterior. Para entrar era tan simple como jalar la cuerda, y así empujar la modesta puerta (hecha de cuatro tablones de pino, anchos y unidos por tres travesaños interiores). Escrito a mano decía: *Se venden huevos*. Así se accedía a una casa-quinta, en su mayoría con piso de tierra y con un largo pasillo a cielo descubierto. Al fondo estaban los gallineros. Tenían bastantes ponedoras. Separados por una malla de alambre también criaban patos, un corral con tres cabritos, un loro que saludaba y que costaba ver ya que se escondía en el frondoso parrón. Al otro lado estaban los dormitorios, comedor, baño y dependencias menores, donde se guardaban trastos viejos. En uno de los dormitorios habitaba una anciana, quizás de 90 años, tal vez más. Al lado de su cama había una larga soga atada a una campanita en caso que necesitara ayuda. El largo pasillo era franqueado por numerosos maceteros de latón, con frondosas plantas, hiedras y flores vistosas, todo un vergel en medio del desierto. Por un tiempo habitó una garuma que corría por el pasillo, siendo imposible alcanzarla. No podía volar, le habían cortado las plumas de sus alas. Al tiempo dejé de verla. Pregunté a Hortensia por el pájaro y respondió: “Me descuidé, le crecieron las plumas y se voló”. Bien por ella, pensé, regresó a la playa, su hábitat natural.

Hortensia era una muchacha joven, tez mate, alta, no pasaba de los 22 años. Muy atractiva y trabajadora. Pasaba la mayor parte de la semana sola porque sus padres tenían un pequeño negocio en Calama. Ella apoyaba a su familia, lavando ropa ajena y mi madre era una de sus clientas.

A mis 16 años empecé a frecuentar su casa de manera habitual. Me sentaba cerca de Hortensia, mientras ella lavaba en la artesa cerros de ropa que luego enjuagaba en un lavadero contiguo, mientras manteníamos amenas conversaciones, las que fueron siendo cada vez más íntimas... A una distancia prudente tenía un fuego donde calentaba agua en un enorme fondo de aluminio, ya ennegrecido por el hollín. Cada cierto rato se acercaba a poner yareta (hoy protegida) para mantener el fuego, o bien, con un jarro enlozado sacaba agua caliente y la vertía en las bateas. La observaba en su transparente y ligero vestido, la más de las veces descalza, sobre un tablón de roble. Sus brazos enérgicos y delgados, su pelo castaño amarrado con una cinta amarilla terminaban por embrujarme.

La anciana, que siempre la vi en su cama desvencijada, con cara de estar esperando la muerte, me intrigaba por su poca conexión y su completo abandono. Muchas veces, en las largas tardes de verano que pasé en esa casa, la campanilla sonaba sin que nadie la fuera a ver. Hortensia, ignoraba el campanilleo y a su madre, las pocas veces que nos cruzamos, tampoco le preocupaba. Una tarde, mientras la campanilla no paraba de sonar, le pregunté a Hortensia si podía ir a ver que necesitaba. "Si quieres anda y me cuentas". Caminé rápido hacia su cuarto. Le quité la cuerda para que dejara de hacer ruido. Le pregunté: "¿Qué necesita?" Ella me miró sin verme, al menos esa impresión sentí. Casi no hacía bulto en su camastro. En su cuarto había solo olor a pobreza, pero limpio. Ahí comprendí que no les era tan indiferente y algún cuidado le daban a la señora. "¿Como se llama?" Parecía no oír y solo balbuceaba algo que no se entendía. Sobre un modesto mueble había un jarrito de aluminio marca *El Mono*, con agua fresca. Sin soltarlo lo puse en sus labios y bebió casi toda el agua. Supe que ya no quería

más, cuando de un manotazo lo apartó de su boca. Fui a la cocina y regresé con el jarro recargado. Parece que era sed su problema, dije al volver.

Era un día jueves. Jalé la sogá de la puerta, entré y recorrí el pasillo, sin apuro. Al fondo sentía el ruido que la escobilla de Hortensia hacía al restregar la ropa. El loro me saludó, a mi paso, las gallinas se alborotaron, el gallo cantó como tratando de poner orden. La encontré vistiendo un short marrón y una polera blanca muy ceñida al cuerpo. La imagen me turbó, pero disimulé lo mejor que pude. Me senté en el cajón de siempre, con ánimo de conversar y contemplarla. Tenía toda la tarde.

- ¡Hola! ¿Trajiste ropa? —Preguntó.
- La verdad que no, solo vine a conversar.
- ¿Podrías ayudarme a tender esa ropa, puedes?

Terminado el trabajo ella entró a la cocina. Yo la seguí. Preparó en dos jarritos enlosados de color verde agua, té negro. Me miró, mientras descansaba su cuerpo sobre una pierna, preguntó: ¿Cuanta azúcar le pones? ¿Pueden ser tres cucharaditas? Las que quieras, mientras revolvía su jarro y después el mío.

Nos sentamos en una suerte de mesa hechiza a tomarnos el té. Ahí aproveché de preguntar por la anciana.

- ¿Quién es la anciana que está en esa pieza?, pregunté

Hortensia, sin dejar de mirarme, dijo: ...el señor que nos vendió esta quinta, aunque él no estaba seguro, y que bien podría ser una leyenda, nos contó lo siguiente: Esta señora habría prestado

servicios como cantinera en la Guerra del Pacífico a las tropas del general Baquedano. Ayudó a los soldados heridos en batalla y también los acompañó en sus horas más oscuras. Dicen que era diestra con el corvo y muy temida por los ejércitos enemigos. Terminada la guerra se le perdió el rastro y como muchos otros quedó en el olvido. El pago de Chile, le dicen. Se cree que llegó a esta quinta a prestar servicios domésticos a un veterano de la guerra. Este vendió la quinta años más tarde, con el compromiso que no fuera despedida y desde entonces que la señora habita aquí. —Pero...nada de esto me consta—, agregó.

Terminamos de beber el té y ella se puso de pie frente a mí, mientras yo seguía sentado en la mesa. Puso sus dos manos sobre mis hombros. Mis rodillas quedaron encerradas por sus dos largas piernas. Se acercó lento y me besó muy suave en los labios. Sentí que flotaba. A lo lejos sentí cantar al gallo con fuerza. Me tomó de la mano y dijo: vamos, acompáñame otro rato que ya pronto termino. La distancia que recorrí tomado de su mano, la sentí como en la ingravidez.

Continuó lavando ropa de menor tamaño y muy luego terminó. La ayudé a recoger lo que estaba seco y a tender lo recién lavado. Dejamos todo en el cuarto del planchado. Me condujo hacia su dormitorio que, aunque modesto, estaba limpio como un quirófano. El piso de tablas brillaba, lo que contrastaba con la tierra endurecida de afuera, los muros de adobe estaban pintados con cal viva. Las gallinas se preparaban para dormir, por lo que había un extraño silencio. Era la primera vez que me quedaba hasta tan tarde. Sin embargo, como era verano, aún no oscurecía.

Se sentó en el borde de la cama. Se inclinó hacia atrás y en un suspiro se quitó el short y la polera. Pensé que estaba soñando, pero el último canto del gallo, me hizo despertar. Abrió la cama y entró en ella con mucha gracia y picardía. Se hizo a un lado y golpeando el lugar vacío, me dijo: “¿Qué esperas?, acuéstate conmigo”. Me quité los pantalones vaqueros, como le decían a los jeans en aquél entonces, me saqué la polera blanca con rayas azules y me acosté a su lado, haciéndome el mundano. La iniciativa la tomó ella y yo solo me dejé llevar. Se quitó las bragas y con sus pies, me quitó los bóxer con cara de niña traviesa. Todo lo que pasó después lo podría resumir como algo que nunca más volví a experimentar. Fue algo sublime. Mientras nos besábamos, ella sobre mi cuerpo, me decía al oído: “tranquilo, siempre hay una primera vez”. Después de un buen rato, se montó a horcajadas, yo no daba crédito de la visión que tenía de sus pechos desnudos y de sentir que ya estaba dentro de ella. Quizás los vecinos escucharon la sinfonía de orgasmos que se suscitaron una y otra vez, aunque es probable que hayan quedado atrapados en las tupidas hiedras que cubrían la fachada de su cuarto. Después de retozar un buen rato entre las sábanas, se puso el short y la polera, yo me vestí. Se levantó y me dijo: “ven... prepararemos algo de comer”.

\*\*\*

Fue algo inusual, pero ese día se me ocurrió ir antes de almuerzo a su casa, nunca lo hacía, pero algo me llevó hasta allá en esa hora caprichosa. Me pareció confuso ver estacionada una camioneta Ford F-100 del año 59, color verde botella. Jalé la cuerda, pero la puerta estaba trancada. Recogí una piedra y con ella golpeé la puerta. Al rato me abrió Hortensia y me dijo: “La viejita amaneció muerta. Mi papá y mamá bajaron desde Calama temprano y están

preparándola para llevarla al cementerio. Si quieres puedes ayudar, pero no estas obligado”. Pudo más mi curiosidad y la seguí. Ésa mañana calzaba zapatillas blancas, una falda negra y polera manga corta del mismo color. Me detuve en el umbral del cuarto y saludé con un “buenos días”. Buenos días, joven dijeron al mismo tiempo sin dejar de afanar. Todo era muy impactante. Ya tenían amortajada a la señora con sus piernas juntas sus brazos paralelos al cuerpo y su rostro cubierto. Era solo un pequeño bulto blanco, parecía una crisálida. Se asomaba de entre la mortaja, una punta de lo que parecía ser una vieja bandera chilena.

Como me sentía seguro con Hortensia, pregunté: “¿por qué la bandera?” Me miró la señora y respondió: “...por lo que dicen que fue cantinera en la Guerra del Pacífico, no nos consta, pero por si acaso”. Pusieron el cadáver dentro de un canasto y luego lo cubrieron con una lona verde. Ayudé a llevarlo a la camioneta, en verdad casi no pesaba. Pude ver que en el *pick up*, había una pala, un chuzo y una picota. Cubrieron todo con una lona, que amarraron firme. “Vamos al cementerio, me dijo Hortensia, si quieres vienes mañana”, me susurró al oído cuando me besó cerca de la boca. “De acuerdo”, respondí, como con una piedra en la garganta.

Se subieron los tres adelante, Hortensia hacia la ventanilla, me sopló un discreto beso cuando arrancó. Ese motor rugía como un león.

Estuve merodeando su casa hasta que, muy tarde, vi nuevamente la camioneta en la puerta. Su papá la lavaba para quitarle la tierra adherida y también hizo correr el agua por el *pick up*. Hortensia lo ayudaba a secar. Observé todo a la distancia para no ser visto.

Necesitaba estar con ella y ésta sería una larga noche.